

Esther misma exclamó:

—¡Este es el día más hermoso de mi vida!

Pero sus amigos no le permitieron ser mucho tiempo feliz con la santa canalla: la encontraban demasiado plebeya y demasiado revolucionaria.

Esther, por su parte, no estaba contenta de sí misma, pues se comparaba á esas tempestades que ocultan por un momento el cielo, y al fin se disuelven en lágrimas, confundiéndose con el azul del firmamento. Las tranquilas alegrías de la vida no se habían hecho para ella, que aspiraba á la soledad, al recogimiento, á la tranquilidad del hogar. Ese hogar tan querido para los enamorados y para las madres de familia.

¡Cuántas veces la he visto salir á escena llorando!

—¿Por qué llora V.?—le he preguntado.

—¡Lloro (me ha respondido), porque vivo la vida de los demás, y no la mía!

## LIBRO TERCERO.

La puesta del sol.

I.

**La enemiga.**

Entonces fué cuando Esther, en una noche de fiebre y delirio, sintió dar tres golpes en la puerta de su alcoba, en el célebre gabinete de su hotel. Nunca cerraba su puerta, pues decía que, estando allí Rosa, no tenía necesidad de llaves ni cerrojos. Cuando sintió dar los tres golpes, llamó á Rosa, pero Rosa no acudió. Pensó entonces que sería su hermana ó alguna amiga.

—Adelante,—murmuró incorporándose.

Era una enemiga.

Se abrió la puerta, y vió adelantarse hacia ella una mujer blanca completamente, ni joven ni vieja, cuyo rostro no expresaba ni el amor ni el odio, pero bella por su majestuosa blancura.

—V. no me conoce, señora,—dijo con voz firme.

—No, señora. ¿Qué quiere V.?

—Vengo para dar á V. un primer aviso.

—No comprendo. ¿Quién es V.?